

<https://dx.doi.org/10.12795/astragalo.2016.i21.11>

EL CANSANCIO TRANSPARENTE

LA SOCIEDAD DEL CANSANCIO

LA SOCIEDAD DE LA TRANSPARENCIA

Byung-Chul Han

Herder,

Barcelona, 2012-3

El filósofo coreano graduado en Friburgo con una inevitable tesis sobre Heidegger –Byung-Chul Han– sigue los pasos de unos de sus mentores, Sloterdijk, al proponerse temas de reflexión sobre clamorosas cuestiones del presente y al enseñar en una escuela de Diseño en Karlsruhe y en la Universidad de Artes de Berlín.

En el primero de los dos pequeños y sencillos libritos que analizamos aquí –publicó en España unos 8 pequeños tomitos sobre temáticas ultracontingentes como las estéticas de hoy, la psicopolítica, las neosociedades de enjambre o la omnipresencia del tiempo– se plantea una nueva escena biopolítica en la que preconiza la superación de la sociedad inmunológica en aras del advenimiento de lo que menta como *violencia neuronal*, o sea estallidos individuales que propios del *stress* laboral, la hiperactividad ligada a la maximización informativa de las conexiones informáticas y el auge generalizado de

depresiones que explican porque estamos hoy en el pico relativo mas alto de toda la historia de suicidios como momentos insuperables de un cansancio insoportable.

Superadas las eras bacteriales-virales por la técnica inmunológica hoy las enfermedades emblemáticas serían las *neuronales*. En una década se calcula que habrá más suicidios que accidentes de tránsito. La etapa inmunológica diferenciaba *enemigos y amigos, huéspedes y parásitos* de modo que mediante procedimientos terapéuticos adecuados lo extraño se rechazaba. En su última etapa esa fase sociomédica de la historia reciente derivó, según Byung, citando a la bióloga americana Matzinger, del modelo de *propios/extraños* al de *amistosos/peligrosos* de manera que la técnica inmunológica pasó a aceptar al extraño no peligroso y exterminar sin más a todo sujeto portador de real o posible riesgo social.

La *otredad* pareció extinguir su peligrosidad potencial cambiada por un más sutil intento de definir al diferente-peligroso y ello incluso dio paso a una variante de la expansión terciaria de la economía global cuál sería el incremento del turismo que busca lo exótico. Quizá podría advertirse, dirá Byung, una *emergencia de lo idéntico*. Pero será esa supremacía de lo idéntico aquello que contiene la matriz de la violencia neuronal, puesto que es ese estado lo que engendra un enorme esfuerzo de diferenciación (ligado a maximizar el rendimiento, la comunicación y la producción) lo cual puede derivar en *estallidos del yo* o lo que Byung llamará *infartos psíquicos*. Y el preanuncio de tales estallidos serían los estados de agotamiento, fatiga o la sutil y hasta culturalmente benéfica instancia de cierta neurosis metropolitana: el mundo positivo de la superación del modelo inmunológico de propios y extraños o de amigos y enemigos es lo que instituye una clase de sociedad apta para la violencia neuronal de cada sujeto. Byung sintetiza así su tesis:

Al principio, la depresión consiste en un «cansancio del crear y del poder hacer». El lamento del individuo depresivo, «Nada es posible», solamente puede manifestarse dentro de una sociedad que cree que «Nada es imposible». De hecho apunto aquí que ese es el lema de Adidas: Del No-poder al poder-más –sigue Byung– conduce a un destructivo reproche de sí mismo y a la autoagresión. El sujeto de rendimiento se encuentra en guerra consigo mismo y el depresivo es el inválido de esta guerra interiorizada. La depresión es la enfermedad de una sociedad que sufre bajo el exceso de

positividad. Refleja aquella humanidad que dirige la guerra contra sí misma

También Byung da cuenta del cese del modelo foucaultiano de *sociedades disciplinarias*: hoy ya no existe una ciudad organizada en redes de vigilancia y disciplinamiento (aunque ello en rigor pasó a una dimensión *Big Brother* de ultracontroles invisibles pero omnipresentes) sino que la nueva ciudad es más cansadora puesto que se puebla de las instituciones que instala la actual *sociedad de rendimiento* en la que los gimnasios, las oficinas, las usinas genéticas, los sitios del intercambio financiero o los *malls* del multiconsumo aparecen más que como servicios mejoradores de la vida, como instrumentos de nuevos niveles de exigencia y por lo tanto, de cansancio.

El *sí podemos* –acuñado en la campaña de Obama– es tanto un voluntarismo del poder individual como una respuesta adaptativa a la exigencia del rendimiento y preanuncio del cansancio. *Sí puedo*, pero al posible costo de un infarto psíquico. Por otra parte queda claro para Byung que la enfermedad neuronal actual no es lo que resulta como residuo o efecto de un incremento de responsabilidad o de la tensión decisional de mayores libertades, sino que es pura consecuencia de imperativos de rendimiento. Nadie obliga sino que el rendimiento deviene en auto-rendimiento, en maximización autónoma en cada sujeto, de la mejor productividad y con ello queda anulada toda ilusión de libertad de elección sobreviniendo una inédita figura de auto-explotación.

Como metáfora de época Byung evoca en la figura del *multitasking* (multitarea: la noción de trabajo múltiple, fragmentario, discontinuo y contradictorio) un parangón con la existencia

animal, pues son los animales salvajes los que organizan su vida como supervivencia y para sobrevivir deben extremar el *multitasking* defensivo donde un pequeño error o desatención implica la extinción de la vida y es imprescindible disponer de un estado hiperatento e hiperactivo.

La demanda de atención extrema a las exigencias del rendimiento o la *performance* suelen garantizarse con la estimulación, tanto en el episodio de *record* deportivo como en la vida de cada día, con altísimos complementos de drogadicción y dopaje, incluso ahora despojados de su aura antisocial y devenidos en complementos *necesarios* para la mera subsistencia activa en esta clase de sociedad que requiere altos estándares de cierta norma de calidad tanto *in mente* como *in corpore*.

La cuestión de *lo transparente*- tema o noción del segundo libro comentado- también refiere a un verdadero *trending topic* de época: todo el mundo habla de transparencia, mucho más allá de la transparencia física o imaterialidad que también se erige, vía el lugar común minimalista, en otra referencia ineludible del gusto contemporáneo. La imposición positiva de anulación de lo extraño impone la figura de transparencia a todas las acciones políticas, económicas y sociales como desiderátum de comportamientos eficientes y operativizaciones aceleradas, justo para perfeccionar el ideal líquido baumanniano de la sociedad contemporánea. Esa demanda actual impone lo transparente como sinónimo de desubjetización: *Las cosas se tornan transparentes* –dirá Byung– *cuando se despojan de su singularidad y se expresan completamente en la dimensión del precio. El dinero, que todo lo hace comparable con todo, suprime cualquier rasgo de lo inconmensura-*

ble, cualquier singularidad de las cosas. La sociedad de la transparencia es un infierno de lo igual.

Ello conlleva a una suspensión de la dimensión temporal: pasado, presente y futuro deben transparentarse y con ello se ayuda a tratar de instalar al sujeto en un *presente absoluto* con lo que ello implica en la reducción de subjetividad asociada a la extinción de una idea de memoria o a la clausura de una noción de proyecto. Y así se entiende en tal contexto, a la preponderancia de la discursividad de la pura imagen: la imagen a la deriva, el *boom* o *shock* permanente de imágenes otorga a su transparencia un valor de inmanencia y ese absolutismo de la *imagen muda* (aunque estridente en su manipulación publicitaria) instala la condición pornográfica que describe lo contemporáneo.

Byung sintetiza así este otro tomito: *La transparencia forzosa estabiliza muy efectivamente el sistema dado. La transparencia es en sí positiva. No mora en ella aquella negatividad que pudiera cuestionar de manera radical el sistema económico-político que está dado. Es ciega frente al afuera del sistema. Confirma y optimiza tan solo lo que ya existe. Por eso, la sociedad de la transparencia va de la mano de la pospolítica. Solo es por entero transparente el espacio despolitizado. La política sin referencia degenera, convirtiéndose en referendum*

El ideal habermasiano de una neo-democracia basada en la perfección de la comunicación Byung la ve reducida a la evanescencia de lo transparente y su utilización a favor del imperativo del intercambio capitalista, además de advertir que ese ideal no cancela la opacidad de la relación de cada sujeto con su propio inconsciente. La transparencia así anula la trascendencia: en extremo dirá Byung, *una relación transparente es una relación muerta. Nunca como*

ahora, dicho sea de paso, se instala en los productos de la cultura masiva, una objetivización extrema del sujeto (muerto) que numerosas series de TV han tematizado con el recurrente motivo estético de las autopsias y el espectáculo del interior del cuerpo exánime.

La apertura transparente del tiempo y el espacio no deja lugar oculto para oportunidades de memoria selectiva o de pérdida de memoria ni para los lugares vacíos a la espera de ser descubiertos. También la transparencia trata de ocultar el dolor y el sufrimiento, objetivando la degradación de los cuerpos y regimentando los afectos; el amor mismo se transparenta en estímulos sensibles. En la vida política la transparencia absoluta anula la característica misma de lo político y de tal forma la exégesis de su transparencia deviene en escenificación y la transforma en visiones o espectáculos o *mises en scene* antes que en acciones definidas por las turbulencias de los conflictos. El valor de la construcción imaginaria de líderes y procesos políticos resulta rediseñado por una clase de transparencia mediática que antes que nada desplaza las ideologías a favor de la opinión, la opinión pública mediática o la opinión pública construida por la mercadotecnia.

La exposición que implica la transparencia lleva al incremento infinito de la visibilidad pero ello, devenido en imperativo, no es sinónimo de verdad ni tampoco es susceptible de afrontar la necesaria cuota de misterio y azar de una vida cualquiera. El extremo transparente se opone a cualquier territorio de intimidad sensible. Ocurre incluso con los propios cuerpos, despojados de su seducción basada en lo invisible y en su posible producción de goce y placer. La transparencia extrema también descentra –se eliminan las diferencias entre centro y periferias– y anula el panóptico a favor de una ultraexposición digitalizada triturada en *pixels* y despojada de perspectiva.

Insertos en la omnipotente transparencia del *panóptico digital* (Google) no solo perdemos toda perdurable figura de intimidad sino además la decisión estética: el derribo calculado de toda barrera de opacidad anula en extremo, la singularidad perceptiva de cada sujeto y su diferencial de imaginación y ese aplanamiento clausura también las nociones de belleza y verdad.

Roberto Fernández

Director CAEAU